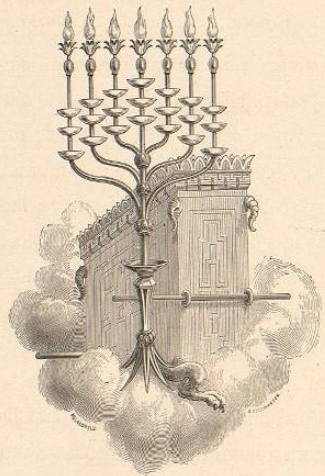


estoy en el útero materno, veo desde él al que siendo sol de justicia, está, sin embargo, encerrado como yo en el útero materno. Oigo, porque voy á nacer como voz del Verbo altísimo.»

En ese mismo tono continúa amplificando todo lo relativo al júbilo precoz y preternatural de San Juan Bautista, al oír la voz de su Santísima Tía, y sentir el sobrenatural influjo de la presencia del Salvador que con ella entraba por las puertas de su casa.



CAPITULO XI

EL CÁNTICO DE MARÍA

*Magnificat anima mea Dominum:
et exultabit spiritus meus in Deo salutari meo*

PERO nada de todo ello alcanza, ni con mucho, al cántico sublime, magnífico, divino de la Santísima Virgen. Ni el cántico de María, la hermana de Moisés y Aaron, lleno de energía, vigor y entonación grandilocuente, ni menos el de Judit, que no alcanza en mérito literario y poético ni aun al de esta, ni el de Débora, todavía inferior al de Judit, pueden compararse con la suavidad extática y dulcísima del *Magnificat*, ni las declamaciones que pone el Gran Crisóstomo en boca de San Juan Bautista, y se acaban de consignar, ni el cántico de bendición en que prorrumpe Zacarías, el padre de este, al recordar el habla (1), lleno de esperanzas, reconocimiento y asombro, ni la breve exclamación gratulatoria de Simeon que respira el cansancio de la ancianidad, la mórbida languidez del hombre de bien abrumado de años y desengaños, y la gratitud al ver satisfecho el anhelo de toda la vida por el bien de su patria y la restauración del linaje humano.

Así como las virtudes de María están muy por encima de las de todos estos personajes, así su canto es superior á los de todos ellos, como expresión de lo que contiene la interior altísima perfección de la criatura más perfecta entre las más perfectas. La primera mirada es para Dios, norte de su vida, estrella á la que siempre fija su vista: la segunda es para mirarse á sí misma y considerar su inferioridad y bajeza respecto de Dios. En las dos primeras estrofas está contenido el sublime pensamiento del amoroso San Francisco: *¡Quién sois vos y quién soy yo!* La filosofía de la humildad católica contrapuesta á la filosofía

(1) El cántico de Zacarías es el que llamamos *Benedictus*: el de Simeon *Nunc dimittis* que dice la Iglesia al fin del *rezo completorio* ó sea las *Completas*.

El cántico de Débora principia con las palabras *Audite reges (Reyes, escuchad)*, pues los dos que le preceden (cap. 5.º de los Jueces, vers. 1.º y 2.º), son un prelude de la composición y para el canto.

Lo mismo sucede con el de Judit, que principia con las palabras *Dominus conterens bella* (El Señor que abate los bélicos furores). Los dos versículos precedentes en el capítulo 16 y último de Judit son la preparación del canto.

orgullosa del *yo* moderno, de la egolatría y antropolatría, el culto de la humanidad terrestre sustituido al amor Divino.

«1.º Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.»

Principia por la accion de gracias que da á Dios con toda su alma, y luego motiva esta gratitud en la alegría que ha sentido su espíritu por las demás gracias de que ha tenido á bien colmarla el Altísimo, el cual no solamente la preservó del pecado original, sino que la presantificó y confirmó en gracia, haciéndola impecable y asegurando su bienaventuranza y salvacion eterna, añadiendo á estos favores otros que no ignoraba la santa esposa del sacerdote Zacarías, y el último que acababa de conocer, al revelársele el gran misterio de la milagrosa concepcion de Jesus. Así en una sola estrofa de dos versos abraza lo pasado de las gracias recibidas, el presente de las gracias que da á Dios, el futuro de su bienaventuranza asegurada (1), puesto que motiva esto el saludo de María á Santa Isabel, diciéndola, segun la fórmula usual y corriente de la cortesía oriental: *La paz sea contigo* (2), á la cual salutación contesta la dueña de la casa llamándola: *Bienaventurada entre todas las mujeres*, por la bendicion que Dios le ha dado y por el fruto de su vientre. Por eso dice San Ligorio que la fiesta de la Visitacion se llama comunmente la festividad de *Nuestra Señora de las Gracias* (3).

El estro de la poesía hebrea, como la de algunos otros pueblos orientales, consiste en aducir un pensamiento enérgico reducido á una forma muy breve y concisa, sin una palabra redundante, al cual sigue otro pensamiento con la misma idea, pero reduplicando y ampliando el anterior. Eso hace la Virgen en esa primera estrofa de su cántico; á Dios se refiere el primer concepto de presente, y á Dios se refiere el segundo, aludiendo á *las gracias* por las cuales le *da gracias*.

«2.º Pues que se dignó fijar su mirada en la humildad de su sierva, por esa razon me llamarán bienaventurada todas las generaciones venideras.»

Otros dos pensamientos en armonía completa con los dos de la estrofa anterior. Ha principiado su cántico con una palabra altisonante ¡*Magnificat!* (*engrandece*). La palabra ha hecho fortuna: ha pasado de tercera persona del verbo *magnificare* á ser nombre sustantivo propio é independiente, y decimos *el Magnificat*. Pero esta palabra grandilocuente parece que la arrancan de su boca la verdad y el entusiasmo á despecho de su gran modestia; mas en seguida la humildad, siempre tierna, siempre tímida, se alarma, y

(1) *Beatam me dicent omnes generationes.*

(2) Jesucristo usaba esta fórmula que aun se conserva en muchos pueblos de Oriente. Al aparecerse á sus discípulos despues de la Resurreccion les saluda diciendo: *Pax vobis*; fórmula que usan los Sres. Obispos en la Misa la primera vez que se vuelven al pueblo para saludarle.

«La paz sea en esta casa» (*pax huic domini*) es la fórmula que da Jesus á sus Apóstoles al entrar en una casa, y el mismo Jesus la dice á los enfermos por boca del Sacerdote, al llegar á ellos por via de Viático.

(3) Las glorias de María: discurso v sobre la Visitacion: pág. 340 de la edicion de Barcelona de 1870.

Es uno de los mas bellos de aquel libro y lleno de erudicion ascética y piadosa. Entre los muchos textos de Santos Padres, está el siguiente de San Ildefonso: *Omnia bona que illis summa majestas decrevit facere, tuis manibus decrevit commendare.*

asoma pudorosa, velados sus párpados y apareciendo la sonrosada modestia en sus mejillas, cual si quisiera recoger lo dicho, como si acaso se hubiera excedido en algo, como se alarmó al oír los elogios del Arcángel. ¡*Engrandecer!* Ella tan pequeña, ¿cómo ha de hacer nada grande? ¿Puede el débil hacer actos de valor, energía y fortaleza?

Por eso se apresura á manifestar desde luego en la segunda estrofa, que ese engrandecimiento y los actos que de él se derivan no son suyos, sino de Dios que los obra en ella y por medio de ella, porque el Señor se ha dignado en su misericordia y bondad infinita mirar la pequeñez, humildad y aun bajeza de ella á su juicio, pues no se tiene por Señora, aunque el Espíritu Santo la ha sublimado á ser su Esposa, y el Verbo encarnado á los honores de la mas santa, pura y sublime maternidad; y con todo se tiene por sierva y se apellida así *esclava*, aun menos que doncella, criada, ó sirvienta (*ancilla*).

Es verdad que pocos dias há la llamó el Angel *llena de gracia*, morada favorita del Altísimo, y ¡*bendita entre todas las mujeres!* Es verdad que Santa Isabel repite idénticas palabras que el Angel, llamándola otra vez «¡bendita entre todas las mujeres!» Es verdad que ella, rindiendo homenaje á la justicia y certeza, y compelida de santo entusiasmo, tiene que decir proféticamente, «que todas las generaciones la llamarán bendita y bienaventurada;» pero ella ante todo es humilde, no cede esta virtud por otra alguna; así que para practicar la humildad y enseñarla al ostentar magnificencia, alega que el Señor se ha prendado de ella por su humildad y á pesar de su humildad, que en boca de ella no es la virtud de la santa humildad sino la bajeza real y efectiva de una pobre criatura humana, que parece querer luchar con Dios á rebajarse ella, tanto, cuanto Dios omnipotente quiere realzarla á despecho suyo, aceptando ella las gracias y conformándose con la voluntad divina, pero de tal manera que, si pudiera prescindir de esta y Dios le diera á elegir, se quedara sin los favores á trueque de ser mas humilde, resignándose á tomarlos por ser la voluntad de Dios, y porque Dios sea honrado en su criatura. ¡Humilde violeta, escondida en el suelo entre otras varias plantas bajas y parásitas, tu olor suavísimo te hace traicion! En vano te ocultas, tu aroma sirve de guia para buscarte, y, cortada de tu débil tallo por bellísima y cariñosa mano, eres colocada en rico búcaro, y en el paraje preferente de un elegante gabinete, y allí en medio de aquella magnificencia, echas de menos tu pobre prado y las holladas é inodoras compañeras de tu vida oculta é ignorada!

«3.º Porque hizo en mí grandes cosas el que puede hacerlo (1) y sea santo su nombre.»

Reduplica lo dicho en las dos estrofas anteriores. Si engrandece su alma al Señor y le glorifica, es porque el Señor mismo ha hecho en ella grandes cosas que ella sabe, pero que se guarda bien de publicar: «Mi secreto para mí,» como decia San Bernardo (2). Y si el Señor ha hecho en mí cosas grandes y me ha engrandecido, siendo yo tan pequeña, no es

(1) Se me figura que quita fuerza á la frase el traducir las palabras *qui potens est* diciendo *el que es poderoso*. Por ese motivo se ha traducido *el que puede hacerlo*, en lo cual se sobreentiende el *Omnipotente*.

(2) *Secretum meum mihi*: es frase muy vulgar y conocida entre los místicos.

de extrañar que yo también le engrandezca, conforme á mis deseos y conforme á los medios que Él mismo me da, porque Él es, no como quiera poderoso, sino omnipotente. Él ha querido hacerlo y lo ha hecho, porque en su omnipotencia el querer es hacer, y todo un acto puro y simplicísimo. Y ¿cómo había de oponerme á su voluntad omnipotente ni luchar con Él, cuando mi voluntad es la suya y yo no quiero sino lo que Él quiere? Y Él no quiere sino lo que es bueno, santo, generoso, noble, puro, sublime, verdadero y digno, aunque la ruindad humana no siempre lo alcance á comprender así. Bendito sea el que es santo en todo, santo en sus obras, santo en su nombre y santo por excelencia.

«4.º Y su misericordia se extiende de generacion en generacion para bien de los que le temen.»

Pero esa omnipotencia va acompañada de la Justicia y Justicia eterna, y de la santa misericordia. Omnipotencia, omnisciencia, justicia y misericordia, eternidad, inmensidad, verdad absoluta, belleza típica y todos los demás atributos de la esencia Divina son una misma cosa, un mismo acto purísimo y simplicísimo (1), aunque la debilidad de la comprension humana los mire como diferentes. Distintos son sus actos, pero ellos no son diversos. Tememos la justicia, pero la acatamos: pedimos la misericordia y la bendecimos. Por eso habla de la misericordia antes que de todo, y de misericordia para los que temen su santa y rectísima Justicia. Pero ¿con qué temor?

—No con el temor de los siervos á quienes amedrentan la pena, los azotes y el castigo, sino el santo temor filial, el temor del amor, á quien no duele el castigo sino la ofensa de la persona amada, aquel temor santo y sublime que es principio, no de la ciencia, sino de la *sabiduría*, que es mas que la *ciencia* y que todas las ciencias reunidas (2).

«5.º Esforzó el poderío de su brazo, y desbarató los conatos que abrigaban los soberbios en su corazon.»

Después de hablar del santo Temor de Dios y de la misericordia que usa con los justos y sencillos, pasa á exponer los actos de su Justicia contra los soberbios, haciendo alarde de su Omnipotencia significada metafóricamente por el brazo. *Hizo poder en su brazo* tendríamos que traducir literalmente, y las traducciones de esta frase al castellano varían mucho. ¿Quiénes son los soberbios aludidos aquí por la humildísima Virgen? ¿Aludirá á tiempos remotos, á los soberbios que dominaban por entonces, ora entre los paganos, ora entre los Israelitas? En verdad que parece esto segundo lo mas probable. Jesucristo, Dios y Hombre, se ha encarnado en su seno, buscando por Madre la pobre mujer de un humilde artesano, allá en Galilea, rincon de Palestina, en Nazareth, rincon de Galilea. No ha ido á buscar Madre en Roma, ni en el palacio de Augusto, ni aun en Jerusalem y en los alcázares de Sion, en donde residen los orgullosos Escribas engreídos con su saber, que enseñan y no practican lo que enseñan, que dirigen á otros y tuercen

(1) *In Deo omnia (attributa) sunt unum et idem, ubi non mediat relationis oppositio*: es axioma teológico.

(2) *Initium sapientie timor Domini*.

lo suyo. Tampoco ha entrado en las ostentosas de los opulentos Fariseos, que aparentan virtudes que no tienen, que viven cómodamente fingiendo austeridad y ayunos, haciendo servir la Religion para fines políticos y para allegar riquezas: ni menos alterna con los Herodianos indiferentistas en Religion, aduladores corrompidos, ateos prácticos, avaros y glotones, enemigos de la independencia de su patria, estafadores de los Israelitas para congraciarse con los Romanos y con el tirano que habian impuesto al pueblo de Dios, robándole su libertad con malas artes, como la habian robado también por entonces á la noble raza Ibérica, también monoteista en su mayor parte, como los buenos Israelitas.

Es verdad que todos ellos, todos los soberbios, lo mismo los Romanos que los Herodianos, los triunfadores tiranos que los servidores bajos y cortesanos del despotismo; lo mismo los Fariseos que los Escribas, los poderosos del dinero y los orgullosos del saber humano, hipócritas de virtudes, están ya juzgados á los ojos de Dios, que habla por boca de su Santa Madre, y esta prelude los anatemas, que un día lanzarán contra ellos los dos niños que aun no han nacido; hijo el uno de la que canta arrobada en santo éxtasis, y el otro de la que escucha absorta en no menos santo arrobamiento. Para Dios no hay futuro; lo que ha de suceder está ya sucediendo. María escucha la voz del que salta en el vientre de Santa Isabel, el cual gritará dentro de poco á esos soberbios: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que viene sobre vosotros?... ya está la segur al pié del árbol;» frases que repetirá el Hijo-Dios, casi con las mismas palabras y mas de una vez.

En vano es que oculten en lo interior de su corazon esos deseos infames y sus arterías: Dios lee en el interior de los corazones: la hipocresía que no engaña á los discretos, ¿cómo le engañará á Él? No será de los soberbios y orgullosos de donde salga el Mesías, ni serán ellos los que aprovechen su dominacion. Ellos esperan un Rey belicoso como David, magnífico y brillante como Salomon, y no recuerdan que un Profeta les dice:— «Mira tu Rey, que viene hácia tí lleno de mansedumbre (1).»

6.º «A los poderosos abatió de su asiento, y ensalzó á los humildes.»

La idea del ensalzamiento de los humildes y del abatimiento de los poderosos que abusan de su poderío se hallaba arraigada entre los Israelitas, y la consignan el libro de Judit y varios pasajes de los Salmos, pero nadie podía preconizarla como la Virgen María. Ninguna criatura tan perfecta como ella, y con todo ninguna tan humilde, y en su humildad habia sido ensalzada al asiento de gloria mas sublime á que ha llegado ni llegará ninguna criatura, ni los Arcángeles, ni los Tronos, ni los Serafines. Y ¡cuántas otras Princesas ricas y poderosas en Israel y llenas de orgullo y de soberbia se habrían

(1) *Ecce Rex tuus venit tibi justus et Saluator ipse pauper et ascendens super asinam*.

El Profeta Zacarías, cap. IX, vers. 9. En el Evangelio de San Mateo (21, vers. 5), al aludir á este pasaje en la entrada de Jesu-Cristo en Jerusalem, se dice: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus*.

creido dignas de la gloria de ser Madres del Mesías! Mas el Señor que no se pára en exterioridades y para quien el oro codiciado por el hombre no es mas que barro despreciable, vió corrompido el corazón de ellas, volvió su rostro á otra parte, y buscó la modesta doncella rica en tesoros de humildad y gracia.

7.º «A los hambrientos colmó de bienes, y á los ricos envió de vacío.»

Preludia aquí la Vírgen María el sermón de la montaña, con las bienaventuranzas que habia de predicar su Hijo algun día, cambiando radicalmente las ideas del mundo. Pone este la felicidad en las riquezas y el dinero: con él se compran todos los placeres, y la felicidad mundanal consiste en gozarlos. Antes de que naciera Epicuro habian existido en el mundo millones de epicúreos, como los ha habido, los hay y los habrá siempre, aunque no lleven ese nombre, ni profesen sus doctrinas. La filosofía de ese positivismo sensualista se reduce á una fórmula—la felicidad consiste en gozar y satisfacer todos los apetitos: la puerta que abre ese cielo es el dinero: la felicidad, por tanto, consiste en el dinero y en ser ricos: ¡el cielo es para los ricos!

Contra esta filosofía de entonces y de ahora dice Jesucristo:—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos se hallarán satisfechos.....»

María toma esta idea, y en su éxtasis lo ve cumplido ya. Jesús anuncia á sus discípulos que la felicidad no está en los goces terrenos: llama felices á los que serán pobres, pero pobres de espíritu: llama felices á los que tendrán hambre, pero hambre y sed de justicia. La pobreza á la fuerza y mal llevada no es la pobreza de que habla Jesucristo, ni el hambre desechada y envidiosa del mendigo holgazán: es otra pobreza, es otra el hambre de que habla en su Evangelio y en sus Bienaventuranzas y también María que la conoce, practica, aprecia; y prefiere la pobreza voluntaria, generosa, laboriosa, humilde, resignada, risueña, limpia, aseada y contenta con la voluntad de Dios. Ella, descendiente de Reyes y de sacerdotal familia, criada en el templo, es mujer de un pobre carpintero, y cuando el Ángel le anuncia la mayor gloria para una mujer, lo que no han logrado las Princesas mas bellas y mas ricas del mundo, á pesar de sus anhelos, y la mayor felicidad que puede haber en la tierra, solamente ha encontrado una palabra para abatirse:—«Hé aquí la sierva, la esclava del Señor.»

Por eso entona en su cántico sublime los loores de la pobreza santa, de la abnegacion, de la privacion de goces y placeres terrenales simbolizada en la parsimonia, el ayuno y el hambre, y compendia las bienaventuranzas como ya cumplidas, como realizándose en ella.—«¡A los hambrientos colmó de bienes!» Pero no temporales, sino espirituales; no caducos y pasajeros, sino verdaderos y seguros, de aquellos bienes inefables que preparó Dios á los que le aman de veras; que ni el entendimiento puede comprender, ni la frase

humana expresar, aun vistos en enigma y como reflejados en espejo (1). Todo esto y mucho mas se compendia en esa frase al parecer tan sencilla:—«A los hambrientos colmó de bienes, á los ricos envió de vacío.»

8.º «Acogió á Israel su siervo acordándose de su misericordia, como lo habia dicho á nuestros Padres, á Abraham y á sus descendientes para siempre.»

Este es el epílogo de su cántico.

Las Profecías y las promesas quedan cumplidas. Ya ha nacido la mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente, y la simiente de esta mujer, su Hijo, el Redentor y el Mesías está engendrado. Se va á predicar en breve la buena nueva, el Evangelio, y comenzar la Iglesia Cristiana que ha de durar por los siglos de los siglos, aun despues del fin del mundo, pues cuando falte la militante en la tierra y, cerrado el purgatorio, pasen todos sus moradores á la gloria, quedará la Iglesia triunfante por toda eternidad en la vision beatifica del sumo Bien y la divina belleza. Así que María en este versículo compendia toda la historia sagrada: la promesa á los primeros Padres, reiterada á Abraham, en cuya descendencia se concreta ya la venida del Mesías, para lo cual su familia se propagará de modo que forme un pueblo fiel y escogido, que adore á Dios único y verdadero y sea depositario de la revelacion y de la tradicion: el cumplimiento de esta promesa y de las revelaciones, en su persona, la cual ha sido elegida para ello en la descendencia de Abraham, como Abraham fué elegido entre todos los que en su tiempo poblaban la tierra, y esta promesa hecha á Adán, concretada en Abraham, y cumplida ya á la sazón en María, durará lo que la Iglesia Santa por toda una eternidad. Abraza, pues, ese breve epílogo el pretérito remoto, el próximo, el presente y el porvenir.

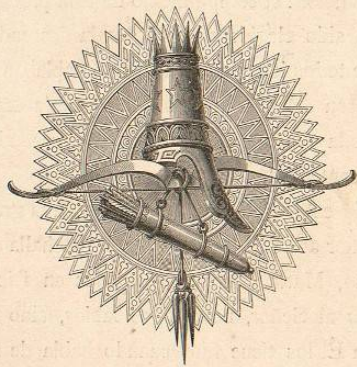
Respira el conjunto de este cántico una suavidad, una gratitud, una sencillez, una bondadosa dulzura, un amor ardiente de Dios, que no se halla en ningun otro. Desde el primer versículo al último, María tiene los ojos fijos en Dios: de Dios habla en el primero cuando *magnifica* al Señor, no con los labios, sino con el alma (*Magnificat anima mea Dominum*); en Él los tiene fijos cuando habla de sí, como de priesa, como de corrida, y eso para humillarse, reconociendo que todo se debe á Dios y nada á ella: en Él los tiene fijos al recordar su omnipotencia, su misericordia, su justicia y su bondad: en Él los tiene, finalmente, cuando recuerda el cumplimiento de las promesas. Hay el mas puro y santo erotismo, el sentimiento verdaderamente estético, que se deriva de la unidad, y unidad de ideal, de pensamiento, de contexto, de expresion, referido al ideal del *bello ideal*, que es Dios y nada mas que Dios. Porque, á la verdad, ¿qué es el hombre respecto de la naturaleza que le supera, le arrastra, le aniquila? ¿Y qué la naturaleza, órden de Dios en lo criado, sin el cual ni existe ni existiera?

(1) *Oculus non vidit nec auris audivit*, como decia San Pablo, *que preparavit Deus iis qui diligunt eum*. (Epístola 1.ª á los de Corinto, cap. II.)

Y en otro paraje dice: *Videmus nunc per speculum in anigma*. (1.ª á los de Corinto, cap. XIII, vers. 12.)

Tal es la síntesis del cántico *Magnificat*, despues de haber hecho su análisis parte por parte, verso por verso.

María tiene que figurar la primera entre las mujeres inspiradas y entre las poetisas. Safo y otras poetisas paganas habian cantado el amor humano, sensual, á veces y por mejor decir, la mera lascivia, que toma siniestramente el nombre de *amor*. María no canta ni la victoria, ni la independecia, ni la libertad, ni el patriotismo, ni la fecundidad tardía y agradecida, sino á Dios, la grandeza de Dios, el amor á Dios y el amor de Dios, y enseña á cantarlo á los vates cristianos desde San Juan Evangelista hasta Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz, y los que antes y despues de estos cantaron y cantarán el amor Divino en nuestra patria y fuera de ella.



PREDICACIONES DE SAN JUAN BAPTISTA

CAPITULO XII

NACIMIENTO DEL BAUTISTA: REGRESO Á NAZARETH

*Mansit autem Maria cum illa quasi mensibus tribus:
et reversa est in domum suam.
Elisabeth autem impletum est tempus pariendi,
et peperit filium. (San Lucas, cap. 1.º, vers. 56 y 57.)*

ASISTIÓ María al parto de Santa Isabel y nacimiento del Bautista? La narracion de San Lucas parece indicar que no. «María permaneció con Santa Isabel como unos tres meses y se volvió á su casa. Mas á Elisabet le llegó el tiempo de parir y dió á luz á su hijo.» Pasa en seguida á referir los prodigios que ocurrieron en el nacimiento del Bautista, la recuperacion del habla por San Zacarías, el precioso cántico de este (*Benedictus*) y el pasmo que produjo en las montañas de Judea este conjunto de maravillas. Fundados en el contexto de la narracion de San Lucas, muchos historiadores de la Virgen suponen que no se halló en el parto. Lo contrario parece mas verosímil. Orsini, que aborda esta cuestion, dice así: «No se sabe de un modo preciso si la Madre de Dios asistió al parto de Elisabet. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como recientes, se declaran por la afirmativa, y esta opinion es la mas verosímil, porque hubiera sido muy extraordinario que María, despues de haber pasado tanto tiempo en casa de su parienta, la dejase bruscamente en la hora del peligro y sin algun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada.

»Los Teólogos que han abrazado la opinion contraria á la de Orígenes y San Ambrosio, se apoyan principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Santa Isabel sino despues de haber consignado el regreso de la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto merecia la pena de mirarlo bien, y, en efecto, examinando escrupulosamente su Evangelio, nos hemos convencido, salvo error, de que esa razon no es concluyente; porque San Lucas suele hacer esas trasposiciones de lo que se pueden citar otros dos ejemplos análogos. Despues de haber narrado la predicacion de San Juan Bautista y anunciado su prision, habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesu-

cristo, suceso que indudablemente tuvo lugar antes de la prision del Bautista. Refiriendo la adoracion de los pastores, San Lucas se extiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su ida á la gruta de Belén y del asombro que esto causó á todos los que lo oyeron; despues de lo cual vuelve la narracion á tratar de la escena suspendida de la adoracion, y cuenta que los pastores se marcharon del establo. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.» Estas razones muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Vírgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Vírgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel antes del parto de esta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es mas, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Vírgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Vírgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraria huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa Esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que seria fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa Tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.



CAPITULO XIII

VIAJE Á BELEN

Ascendit autem et Joseph à Galilea de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David, que vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut profiteretur cum María desponsata sibi uxore prægnante. (San Lúcas, cap. 2.º)



ERCA de medio año habia transcurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el órden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imágen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo Divino, lo inferior é imperfecto, á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y misteriosamente, haciendo de hijo de José y siéndolo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia deseado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á